

Niños y niñas, no “menores”

Pbro. Silvio Marinelli / Director

En un artículo reciente se opinaba sobre la oportunidad de dejar a un lado el término “menores”; *son niños y niñas*, se decía. La propuesta me pareció estimulante por dos motivos.

Ante todo, la palabra “menores” sugiere que un estado de inferioridad, de falta de algo para lograr una no bien definida “superioridad”: ¿en qué sentido?, ¿con cuáles parámetros?, ¿por qué los adultos son “superiores”?

En segundo lugar, parece como si la condición de los niños y niñas no fuera un estado de vida que tiene en sí misma **una identidad propia, un valor en sí mismo** que no debe hacer referencia a otras épocas de la vida para encontrar su fisonomía.

Pensaba en eso, para poder escribir algo sobre **el sufrimiento en niños y niñas, sin referirlo, compararlo o deducirlo de nuestra experiencia de vida adulta.**

¿De qué y cómo sufren los niños?

En las últimas décadas se han multiplicado los estudios sobre el sufrimiento de los niños; podríamos resumir los hallazgos con una frase que lo dice todo y, al mismo tiempo, no explica nada: *los niños y niñas sufren como niños*. Parece algo obvio. Sin embargo, a menudo se les atribuye paradigmas o modelos mutuados del mundo adulto, de nosotros que tenemos la capacidad de reflexionar sobre lo que nos pasa. Dicho de otra manera: los niños no son “adultos en miniatura”, sino “seres completos” que debemos comprender y apoyar en sus características particulares. La dimensión evolutiva no debe suscitar una creencia equivocada: que la situación infantil, como también de los ancianos, se deba comparar con la condición de los hombres y mujeres adultos como la “ideal” hacia la cual tender cuando niños, o como un alejamiento en la vejez.

Para comprender un poco más, debemos profundizar en **el psiquismo infantil que no funciona como en nosotros** adultos que teorizamos el tema y buscamos cómo ayudar. Las dimensiones cognitiva y emocional reaccionan de manera diferente (respecto a nosotros) frente a las pérdidas de la salud o de un ser querido.

A eso se añade la condición de **extremada vulnerabilidad** de los niños, dependientes del mundo adulto por lo que concierne la supervivencia biológica, las relaciones significativas, la formación de su personalidad.

No podemos soslayar, además, cómo es injusto hablar de niños y niñas, sin tomar en cuenta su edad y los cambios significativos que se dan a través del desarrollo psicológico.

Afirmado esto, vemos **cómo sufren los niños por la enfermedad**, propia o de un familiar, y por la **pérdida de un ser querido**: muerte de un padre, de un hermano/a, de los abuelos. Es lo que se aborda en este número de la revista.

Volver a ser niños

Se trata de una de las frases más sugestivas y, al mismo tiempo, más susceptibles de equivocación, de las pronunciadas por Jesús: nos propone como **“modelo” a un niño pequeño**. Hubiéramos podido esperar otros modelos ejemplares: un adulto entregado en sus tareas, un anciano lleno de sabiduría, un personaje heroico o un poderoso capaz de cambiar el curso de los acontecimientos. No: nos propone a un niño. ¡Qué locura!

¿Cuáles son las características sobresalientes que Jesús descubre en los niños y nos propone para imitarlas? Ante todo, **la sencillez** – nosotros podríamos llamarla con un término adulto: la humildad –, que lleva a los niños a **confiar plenamente en nosotros**. Podríamos también evidenciar cómo esta “confianza básica” – así la llaman algunos psicólogos – no siempre está bien puesta en nosotros, mercedores más bien de desconfianza... La sencillez y la confianza permiten que el niño enfrente las dificultades con “intrepidez”, con **un talante atrevido**: muchas realidades lo espantan, sin embargo, no se detiene y, si encuentra la ayuda apropiada, retoma su vida, su sonrisa y su juego. Los niños, además, tienen capacidad de **asombro** frente a la vida: el pensamiento “científico” no se ha adueñado, todavía, de su mente y pueden maravillarse frente a todas las novedades. Los niños, en fin, saben **jugar, reír, ser alegres** a pesar de las dificultades. Por estas características, típicas del universo infantil, Jesús nos invita a volver a ser niños.

Tal vez, si intentamos este camino, **podremos comprender y ayudar más a los niños y niñas que sufren**. Al mismo tiempo, podremos desarrollar partes de nosotros que hemos mortificado, reprimido o escondido.